

THOMAS N. SCORTIA

**EXTRAÑOS
COMPAÑEROS
DE CAMA**

**SUPER
FICCIÓN**



Un planeta cuyos habitantes son todos homosexuales. Un androide-psiquiatra forense que se deja seducir por el reo. Un adolescente dotado de poderes sobrenaturales y su primera experiencia sexual. Un extraño ser que puede convertirse en hombre o mujer según interpreta los deseos inconscientes de su pareja. Evidentemente, la sexualidad ha invadido el campo de la ciencia ficción, ¡y cómo!

En la presente antología recogemos una muestra de la temática del sexo y ciencia ficción, recopilado por **Thomas N. Scortia**.

A Irene, que entiende mucho de ambas cosas.

Introducción

Thomas N. Scortia

¿Qué se hizo de todos los desfloradores?

En aquellos queridos viejos tiempos en que Clark Gable escandalizaba al país al exclamar «maldición» en *Lo que el viento se llevó* y Flash Gordon con su priapo inverosímil copulaba infatigablemente con emperatrices de otros mundos en los mal impresos comics pornográficos, el pasatiempo favorito de los autores de ciencia ficción era colar algo verde en «Astounding Science Fiction». Era la inocente época en que el lenguaje barriobajero se consideraba atrevido y el «picante» de «Spicy Detective Stories». (Novelas picantes de detectives) consistía en larguísimas descripciones de hembras hipermamíferas.

John Campbell, Jr., de «Astounding Science Fiction» (que más tarde se llamó «Analog»), le asignó a la señorita Kay Tarrant, quien sería su fiel ayudante de redacción hasta que él falleció en 1971, la imposible tarea de descubrir los párrafos secretamente escatológicos y las referencias veladas a las gatas callejeras como trampas para «ratones con pelotas». Hacer frente a la perversa inventiva de un grupo de desenfadados escritores obligados a actuar como los colegiales traviosos, cuando garabatean palabras obscenas en las paredes de los patios, era una tarea absolutamente superior a las fuerzas de la bien educada dama. Las horas de trabajo creativo que se dedicaron en aquel periodo a

«colarle una a Kay» podrían haber impulsado todo un nuevo movimiento literario. Esa época marcó tal vez el punto culminante de nuestra inocencia antes de la desfloración literaria de hoy.

No es que John Campbell fuera particularmente victoriano en sus ideas personales, las cuales eran creativamente especulativas e intelectualmente brillantes. Su inventiva al frente de la revista literalmente creó la moderna ciencia ficción, a la cual, entendía como una literatura de ideas y como un eficaz medio educativo. En este sentido, fue extraordinariamente perspicaz. La mayoría de los físicos que he conocido en mi carrera habían acusado la influencia de los editoriales de Campbell, y un número significativo de ellos incluso se habían sentido atraídos hacia una carrera científica a causa de sus escritos.

Kingsley Amis señala que el héroe de ciencia ficción de la era campbelliana era La Idea. La caracterización muchas veces era mínima y la presentación de relaciones significativas en el mejor de los casos era formularia. Las historias de amor constituían sencillamente un obstáculo para el desarrollo de La Idea. Amis comenta que «ninguna esposa debe temer que su marido esté buscando una escapatoria erótica si observa que se está convirtiendo en adicto de la ciencia ficción...».

Como dice un autor tan actual como Sam J. Lundall: «... aun cuando en las naves espaciales suele haber mujeres, en general se las trata como a una criatura de tipo inferior. No suelen favorecerse las escenas de amor entre el héroe y la heroína, si bien generalmente se insinúa una especie de felicidad matrimonial como recompensa por un fiel servicio». En vista de ello, uno no puede dejar de preguntarse por qué las militantes feministas todavía no han montado piquetes frente a las redacciones de las revistas «Analog» o «Galaxy».

El comentario de Lundall resulta un poco fuera de lugar si lo aplicamos a las actuales realidades de la ciencia ficción

norteamericana. Este autor señala que «actualmente se advierten prometedores indicios de que los autores de ciencia ficción, sobre todo los europeos, comienzan a reconocer el sexo como un tema aceptable para la ciencia ficción y confío en que éste sea el inicio de una nueva actitud más humana en tal aspecto». Desde la década de 1950, cuando «Thrilling Wonder Stories» publicó el explosivo *The Lovers* (Los amantes), de Philip José Farmer, los temas sexuales han ido ocupando un lugar cada vez más destacado dentro de la ciencia ficción norteamericana.

A Lundall y otros parece haberseles pasado por alto una laguna bastante evidente de este nuevo liberalismo, una laguna que tiene su origen en la inveterada preocupación de la ciencia ficción por La Idea. Incluso cuando el sexo constituye un elemento importante de la trama en la ciencia ficción moderna, éste aparece con frecuencia bajo una forma exótica o distorsionada. Se han escrito relatos de ciencia ficción en los cuales la relación hombre-mujer se aproxima a lo que ahora denominaríamos la norma estadística. Sin embargo, la mayoría de los autores parecen fascinados por variaciones poco corrientes del instinto sexual, por formidables estructuras de simbolismo sexual o por la sexualidad inteligentemente compleja de los seres extraterrestres. Ello resulta comprensible si se reconoce que un simple romance entre adolescentes suele tener mayor validez emocional fuera del contexto de la ciencia ficción. Con todo, ha habido ejemplos destacados de sencillas historias de amor y como contrapunto, algunas novelas recientes de Farmer han combinado descaradamente la ciencia ficción con un franco erotismo.

Hollywood y los modernos realizadores de cine no se han mostrado más creativos en este sentido. J. Francis McComas y Anthony Boucher comentaron sarcásticamente en cierta ocasión que la nueva fórmula de Hollywood era «Chico conoce chica. Chico pierde chica. Chico crea chica». En general, las recientes películas de ciencia ficción sólo han

introducido el sexo bajo una forma distorsionada. El ejemplo más notorio es la escena de la violación con fondo musical de *Cantando bajo la lluvia* en *La naranja mecánica*, de Stanley Kubrick. Incluso la historia de amor erótico en la espléndida película *Coloso: el Proyecto Forbin* está subordinada a *La Idea*. La usual película de misterio con tema espacial sigue incluyendo a una mujer en la tripulación de la nave e ignora de manera bastante significativa los evidentes problemas físicos y personales que ello implica.

Casi nadie duda que la ciencia ficción *puede* decir algo especialmente significativo sobre el apetito sexual, el más obsesivo de los apetitos humanos. Sólo en los últimos tiempos hemos accedido a reconocer públicamente las notables complejidades de la conducta sexual humana. La ciencia ficción, con sus técnicas particulares de construcción de un medio artificial controlado y de reducción al absurdo, ofrece la posibilidad de decir muchas cosas sobre la sexualidad humana, cosas que no puede expresar en cambio la literatura habitual. Ningún enfoque del tema de la creciente tendencia al unisex que se observa en nuestra sociedad, sin partir de la ciencia ficción, podría resultar tan eficaz como el de *Cena con Helen*, de William Carlson. *Estoy contigo en Rockland*, de Jack Dann, es una pavorosa proyección de un síndrome exclusivo del siglo XX: la identificación de la potencia y la virilidad con las poderosas máquinas que controlan los hombres. Los atractivos de la sexualidad más allá de la forma física aparecen inolvidablemente descritos en el poético *El mar del espejo*, de Laurence Yep, en tanto que George Zebrowski analiza el delicado tema de la iniciación de un niño en la vida sexual adulta contra el telón de fondo de un medio sexual totalmente extraño. Todos estos y otros relatos que el lector encontrará en las próximas páginas adquieren su especial significación por el uso del género de la ciencia ficción para enfocar el tema de la sexualidad.

La relación del hombre con su universo físico y, más aún, su prolongada y confusa comunión con su propia sexuali-

dad, espiritual y física, están impregnadas de belleza, terror y desconcierto. Los relatos que siguen plasman los esfuerzos de una serie de escritores de talento por explorar las imbricaciones de la sexualidad cuando ésta tiene un papel significativo dentro de los mundos altamente controlados y estructurados de la ciencia ficción. Todos estos relatos poseen, a mi entender, una significación especial por el hecho de haberse concebido bajo este aspecto concreto.

Santa Clara, California, 5 de marzo de 1972.

No aprietes más

Robert Silverberg

Yo empujo... y el zapato se mueve. ¡Mira eso! ¡Se mueve realmente! Todo lo que tengo que hacer es producir un impulso interno, silencioso, sin manos, sólo desde el centro de mi mente y mi viejo y gastado zapato marrón, el izquierdo, se desliza lentamente a través del piso de mi dormitorio. Más allá de la silla, más allá de la pila de libros de texto destrozados (Geometría, Español II, Instrucción Cívica, Biología, etc.) más allá del montón de ropa transpirada recién usada. En serio, el zapato me obedece. Produce un leve silbido al engancharse con las irregularidades de las envejecidas baldosas de linóleo. Míralo ahora, chocando suavemente contra la pared del fondo, inclinarse, detenerse Su recorrido ha terminado. Apuesto que podría hacerlo escalar la pared. Pero no te molestes chico. No en este momento. Este es un trabajo difícil. Descansa, Harry. Te tiemblan los brazos. Estás todo sudado. Quédate tranquilo por un rato. No tienes que probar todo a la vez.

¿Qué has probado, de todos modos?

Parece que puedo hacer mover cosas con la mente. ¿Qué tal, chico? ¿Te imaginaste alguna vez que tenías poderes extraños? No hasta esta misma noche. Esta misma noche podrida. Parado allí con Cindy Klein y sintiendo ese nudo terrible de tensión pulsante en la ingle como necesitando hacer pis, sólo que cincuenta veces más intenso, una zona de angustia emergiendo de alguna clase de energía

temerosa, como una dinamo enloquecida implantada entre mis piernas. Y repentinamente, sin darme cuenta, encontrando una manera de parar esa energía, elevándola a través de mi cuerpo hacia la cabeza, amplificándola, y... *usándola*. Como acabo de hacer con mi zapato. Como lo hice con Cindy hace un par de horas atrás. Entonces no eres un adolescente bruto y estúpido, pelotudo Harry Blaufeld. Eres alguien muy especial.

Tienes poder. Eres potente.

Qué bueno es estar aquí en la intimidad de mi propio y húmedo dormitorio y poder hacer deslizar el zapato por el piso con sólo mirarlo de ese modo especial. ¡Qué sensación de poder que me da! Genial. Soy potente. Tengo poder. Tener potencia, eso es lo que quiere decir potente, del latín *potentia*, derivado de *posse*. Ser capaz. Yo soy capaz. Puedo hacer esta cosa tan extraordinaria. Y no sólo en un estallido espasmódico e impredecible. Está bajo mi control consciente. Todo lo que tengo que hacer es penetrar en ese depósito de tensión y extraer algunos vatios de *empuje*. ¡Bárbaro! ¡Qué noche tan misteriosa es ésta!

Retrocedamos tres horas. Al momento en que no sabía que poseía esta *potentia* en mí. Hace tres horas sólo sé de obsesión sexual. A las diez y media, estoy parado con Cindy en la entrada principal de su casa. Habíamos hecho la ida al cine, habíamos hecho la ida a tomar cappuccino después del cine y ahora quiero hacer la seducción. Estoy intentando que me invite a pasar, pues sé que sus padres se fueron afuera por el fin de semana y que no hay nadie en la casa salvo su hermano mayor, que fue a ver a su novia a Scarsdale esta noche y demorará unas cuantas horas en regresar y una vez que pasé la puerta principal, bueno, espero que me invite a entrar. (¡Qué metáfora recatada! Sabes lo que quiero decir). Entonces tres hurras para Casanova Blaufeld, que tiene un fuerte ataque de inflamación de

guindas. Mírame tartamudear en busca de palabras, cambiar el peso de mi cuerpo de un pie al otro, morderme los labios, ponerme colorado. Todos mis barritos se iluminan como señales cuando me ruborizo. Vamos Blaufeld, no te desanimas. Cambia la imagen de ti mismo. Pruébate esto: tienes veintitrés años, eres alto, fuerte, refinado, hombre de mundo, veterano de tantas camas que has perdido la cuenta. Tienes una barba enmarañada, de las que las chicas les encanta acariciar; un bigote enorme como manubrio de bicicleta. Y no le estás pidiendo ningún favor. No estás lloriqueando ni tratando de convencerla ni pidiendo por favor, Cindy, hagámoslo, porque sabes que no necesitas pedir por favor. No quieres obtener ninguna ventaja: brindas al igual que recibes, ¿verdad?, así que es una transacción beneficiosa para ambos, ¿verdad? ¿Verdad? Mentira. Eres tan refinado como un cerdo. Quieres explotarla para satisfacer tus asquerosas necesidades. Sabes que no lo podrás hacer. Pero, al menos, trata de aparentar, Endereza los hombros, mete la panza, saca pecho. Harry Blaufeld, el seductor diabólico. Pon las manos sobre su suéter, como primer plato. No hay nadie cerca; es una noche oscura. Ataca las tetas, caliéntala. ¿No es eso lo que Jimmy el Griego te dijo que hicieras? Así que inténtalo. Riendo estúpidamente, casi pidiendo perdón con tu mirada. Alargando los brazos. Los dedos toquetones conectándose con la tela púrpura peluda.

Su cara, encendida y de ojos grandes Su boca, ancha y de labios finos. Su voz áspera y chillona. Ella dice:

—No seas repugnante, Harry. No seas loco.

Tonta. Alejándose de mi como si me hubiese convertido en un monstruo con ocho ojos y colmillos verdes. No seas repugnante. Trata de meterse en la casa rápidamente, antes de que la agarre otra vez. Estoy ahí parado observándola buscar las llaves y esta rabia terrible comienza a crecer en mí. ¿Por qué repugnante? ¿Por qué loco? Lo único que quería era mostrarle mi amor, ¿verdad? Que ella me gusta

realmente, que me siento ligado a ella. Una manifestación de afecto a través del contacto físico, ¿verdad? Así que me aproximé. Una pequeña caricia. El comienzo de una tierna intimidad.

—No seas repugnante, —dijo ella—. No seas *loco*.

La putita frívola e inmadura. Y ahora siento que la rabia aumenta. Siento ese dolor espantoso abajo, entre las piernas, esa vibrante sensación de angustia, esa tensión meramente sexual se me derrama en el estómago y se desparra por mis entrañas como un arroyo de fuego ardiente. Se rompió una represa en algún lugar interior. Siento un fuego ardiendo en la cabeza. ¡Y ahí está! ¡El poder! ¡La fuerza! No la cuestiono. No me pregunto qué es o de dónde vino. Simplemente la empujo, con fuerza, desde tres metros, un empujón rápido y con furia. Es como una mano invisible contra sus pechos. Puedo ver cómo se le achata la parte delantera del suéter... y ella se cae hacia atrás, tratando de agarrarse del aire y se va de culo. La hice caer sin tocarla.

—Harry, —murmura—. ¿Harry?

Mi rabia se ha ido. Ahora estoy aterrorizado. ¿Qué he hecho? ¿Cómo? ¿Cómo? Se cayó de culo, *bum*. ¡Desde tres metros!

Corrí hasta llegar a mí casa sin mirar hacia atrás.

Pasos en el vestíbulo, *tic-tac*. Mi hermana regresa de su cita con Jimmy el Griego. Este no es su nombre. En realidad él es Arístides Pappas. Así lo llama ella. Jimmy el Griego lo llamo yo, pero no en la cara. Mide dos metros setenta, tiene cabello negro y grasiento y un tremendo gancho de nariz que sale directamente de la frente. Tiene veintisiete años y ha volteado a miles de chicas. Sara se va a casar con él el año que viene. Mientras tanto, se ven tres noches por semana y cogen muchísimo. Nunca me dijo una palabra de eso, de que coge, pero yo sé. Estoy seguro que cogen. ¿Por qué no? se van a casar, ¿no? Y son adultos. Ella

tiene diecinueve años, así que es legal que coja. Me faltan cuatro años y cuatro meses para los diecinueve. Pienso que es legal que coja ya. Si sólo tuviera. Si sólo tuviera con quién. Si sólo tuviera.

Tic-tac. Allí está, entrando en su habitación. *Bum.* Esa es su puerta que se cierra. No le importa un carajo si despierta a toda la familia. ¿Por qué ha de importarle? Está toda excitada ahora. Embriagada por el recuerdo de lo que acaba de hacer con Jimmy el Griego. Esa sensación de calidez. «El después», según el libro.

Quisiera saber cómo lo hacen cuando lo hacen.

Van al departamento de él. ¿Se sacan toda la ropa primero? ¿Hablan antes de comenzar? ¿Un trago o dos? ¿Fuman mariguana? Sara alega que no la fuma. Seguro que miente. Se desnudan. ¡Por Dios, él es tan alto, debe tener un pito de treinta centímetros de largo!. ¿No la asusta? Se recuestan juntos sobre la cama. O en el sillón. El piso ¿tal vez? ¿Una alfombra gruesa y peluda? Él le toca el cuerpo. El juego previo. He leído sobre eso. Le acaricia los pechos, excitando los pezones. Le he visto los pezones. No son más grandes que los míos. ¿Cuánto miden cuando están excitados? ¿Dos centímetros y medio? ¿Siete centímetros y medio? ¿O parecen un par de lápices rosados? Él tiene que llevar la mano hacia abajo, también. Está esa cosa que se supone que uno tiene que tocar, ese pedacito de carne escondido allí adentro. He observado los dibujos y aún no sé dónde está. Jimmy el Griego sabe donde está, puedes estar seguro de eso. Entonces le toca eso. ¿Y después? Ella se debe calentar, ¿verdad? ¿Cómo sabe cuando llegó el momento de penetrarla? Llega el momento. Finalmente, lo están haciendo. Sabes, no puedo imaginarlo. Él está encima de ella y se mueven hacia arriba y hacia abajo, seguro, pero todavía no me imagino cómo se unen los cuerpos, cómo se mueven realmente, cómo lo hacen.

Ella se está desvistiendo ahora, a través del pasillo. Afuera la camisa, los pantalones, el corpiño, la bombacha,

lo que diablos use. La oigo moverse de aquí para allá. Me pregunto si la puerta está realmente bien cerrada. Hace mucho tiempo que no la miro en forma. Quién sabe, por ahí todavía tiene los pezones parados. Si me agacho acá abajo en la oscuridad y espío puedo ver su habitación desde la mía aunque la puerta esté abierta sólo unos centímetros.

Pero la puerta está cerrada. ¿Qué pasa si hago fuerza y le doy un empujoncito? Desde aquí. Llevo el poder a mi mente, sí... ahí va... *empujo*... ah... ¡sí! ¡Sí! ¡Se mueve! Dos centímetros, cinco, ocho. Ya es suficiente. Veo una tajada de su habitación. La luz está encendida. ¡Huy, ahí está! Demasiado rápido, ya no la veo.. Creo que estaba desnuda. Ahora vuelve. Desnuda, sí. Me da la espalda. ¿Sabes que tienes un lindo culo, hermanita? Date vuelta, date vuelta, date vuelta... ah. Tiene los pezones igual que siempre. No están para nada parados. Supongo que deben volverse a bajar cuando todo termina. *Tus dos pechos son como dos jóvenes gacelas que son mellizas, que se alimentan entre las lilas.* (En realidad no leo mucho la Biblia, sólo las partes obscenas). Cindy las tiene más grandes que tú, hermanita, apuesto que sí. A menos que use relleno. Hoy a la noche no sabía muy bien. Estaba demasiado excitado para darme cuenta si estaba apretando carne o goma.

Sara se está poniendo la bata. Un último vistazo a los muslos y la panza, después nada más. Carajo. Al baño ahora. El ruido del agua. Se está lavando. La canilla está cerrada ahora. Y ahora... *pshsh pshsh pshsh*. Me la imagino ahí sentada, haciendo pis, sumida en pensamientos placenteros sobre lo que ella y Jimmy el Griego hicieron esta noche. ¡Por Dios, me duele! ¡Estoy celoso de mi propia hermana! De que ella lo haga tres veces por semana mientras yo... estoy en ninguna parte... sin nadie... ninguno... nada.

Démosle una pequeña sorpresa.

Hmm. ¿Podré hacer mover algo que esté fuera de mi campo visual? Probemos. El inodoro está en la esquina de-

recha del baño, debajo de la ventana. Y el botón está —déjame pensar— del lado que está más cerca de la pared, bien arriba... sí. Perfecto. Acércate, chico. Agárralo antes que ella. Empuja... hacia abajo... empuja. ¡Siiii! ¡Escucha eso, chico! ¡Apretaste el botón por ella sin salir de tu propia habitación!

Se las va a ver negras tratando de descubrir cómo sucedió.

Domingo: un día lluvioso, un día de preocupación. No puedo sacarme de la cabeza las cosas extrañas que pasaron anoche. Este poder mío... ¿de dónde vino? ¿Para qué lo puedo utilizar? No puedo dejar de preocuparme ante la evidencia de que tendré que afrontar a Cindy de nuevo en nuestra clase de Biología mañana a primera hora. ¿Qué me dirá? ¿Se da cuenta, en realidad, de que no estaba cerca de ella cuando la hice caer? Si sabe que tengo un poder, ¿me tiene miedo? ¿Me denunciará a la Sociedad para la Prevención de Fenómenos Sobrenaturales o a quien quiera que se ocupe de esas cosas? Estoy tentado de hacerme pasar por enfermo y faltar al colegio mañana. ¿Pero qué sentido tiene? No la podré evitar siempre.

Cuando más tenso me pongo, siento surgir el poder con más intensidad en mi interior. Hoy es muy fuerte. (La lluvia debe tener algo que ver con eso. Cada nervio está crispado. Hay humedad en el ambiente y puede ser que eso me haga más conductor). Cuando nadie mira, hago experimentos. En el baño, parado lejos del lavatorio, desensosco la tapa de la pasta de dientes. Abro y cierro las canillas. Abro y cierro la ventana. ¡Mi control es excelente! Hacer estas cosas representa un esfuerzo: tiemblo, transpiro, siento que se me endurecen los músculos de las mandíbulas, me duelen los dientes de atrás. Pero no puedo resistir el placer de ejercitar mis habilidades. Me vuelvo peligrosamente travieso.